

Radiografía de los Tupamaros

Clara Aldrighi. BRECHA 10 de Agosto de 2001

"La izquierda armada. Ideología, ética e identidad en el mln-Tupamaros" se titula un libro de la historiadora Clara Aldrighi que la editorial Trilce publicará esta semana. BRECHA reproduce a continuación pasajes del trabajo en que la autora reconstruye el marco histórico y teórico en el que esa organización guerrillera desarrolló su accionar en los años sesenta y setenta.

El enfrentamiento entre el Estado y la guerrilla. [...] A partir de 1968, y con más intensidad desde 1971, se produjo en Uruguay un proceso similar al que afectó a los países europeos en la primera posguerra, acertadamente definido por George L Mosse como "brutalización de la política", y que fue el fundamento de la expansión de los fascismos y particularmente del nazismo.

[...] La polarización internacional, el temor inspirado por la revolución cubana y la expansión guerrillera en América Latina, influyeron en la hostilidad de las derechas civiles y militares hacia el conjunto de la izquierda, cuya nueva vitalidad y crecimiento fueron percibidos como una amenaza. Y esto ocurría mientras en el país se afirmaba paralelamente el consenso hacia las propuestas de reformismo moderado y defensa de la institucionalidad de Ferreira Aldunate, el candidato presidencial más votado en 1971. Su sector, al igual que otros ubicados en el centro político, se mostró impermeable a estas formas extremas de hostilidad.

Mediante la retórica del "enemigo interno", el gobierno y parte del sistema político expulsaron virtualmente a los tupamaros de la comunidad nacional. Ya no eran sólo disidentes o delincuentes, sino extraños, ajenos, enemigos. Se justificaba este enfoque mediante una operación cultural: el subversivo era transformado en un estereotipo que encarnaba todo lo negativo, la antítesis de los valores que la sociedad aceptaba como propios y por lo tanto representaba la mayor amenaza para su estabilidad. Como denunciaba casi diariamente El País, se trataba de enemigos cuyas finalidades políticas eran idénticas a las del Partido Comunista: imponer una sociedad totalitaria "de estilo nazi o soviético".

Los "sediciosos" dejaron de ser considerados compatriotas, pertenecientes a la misma comunidad cívica. Cuerpo extraño a la nación, que debía extirparse sin miramientos. [...] El discurso excluyente, con sus imágenes y mensajes irracionales, preparaba a la población para que aceptara el empleo de técnicas más o menos secretas de guerra "sucias", permitiendo la deriva hacia el terrorismo de Estado. Que se volvió un efectivo instrumento de gobierno hasta 1984 -cuando

muere el último preso víctima de torturas- con finalidades intimidatorias y disuasivas de la oposición política.

Cuando el policía o el militar se enfrentaban al "subversivo" se encontraban en una situación psicológica por la cual las leyes que protegían de la agresión, la persecución, la crueldad, a los integrantes de la comunidad nacional no se extendían a este tipo de individuos. Se les negaba no sólo los derechos de los combatientes, sino también los de los delincuentes.

Relatan los tupamaros encarcelados en octubre de 1969, a consecuencia de la toma de Pando, el tratamiento brindado por la Guardia Metropolitana:
"Apresados, esposados y en el suelo, ni un solo compañero o compañera se salvó de ser golpeado. Puñetazos, patadas, culatazos, en la cara, en la cabeza, en los testículos, en cualquier parte del cuerpo. Se le suben encima, caminan sobre ellos hundiendo a cada paso el taco de las botas. Buscan las heridas para machacar allí, donde más duele, mientras gruñen, ríen, insultan y amenazan de muerte. 'Hay que matarlos a todos.' 'De aquí no salís vivo, hijo de puta.' Esgrimen armas cortas y largas, colocan los caños en la cabeza, en la sien, en la nuca, en la boca, en el pecho, mientras ajustan y presionan el dedo en el disparador, haciendo sentir así, y más de una vez, el gusto de la muerte a sus prisioneros. Todos pegan, todos amenazan. Terminan unos y vienen otros. Se disputan el turno, la presa y la herida para golpear. Los que han terminado, recomienzan. Una jauría interminable e insaciable, un festín de fieras".

Las muertes de policías como represalia por el uso de la tortura o producidas accidentalmente en operaciones de desarme, cohesionaron a la institución policial y se volvieron una preciosa arma de propaganda contra la guerrilla. "Estamos en la primera fila de una guerra declarada", observaba un funcionario policial en 1970 en el homenaje fúnebre a un camarada.

[...] La retórica del "enemigo interno" anulaba toda posibilidad de negociación y fue creando un clima que presentaba como aparentemente ineludible la adopción de medidas cada vez más coercitivas, de legislación especial y finalmente el pasaje a la esfera militar de la represión de la guerrilla. En este sentido, podría compararse el caso uruguayo con otras situaciones históricas donde el Estado aplicó la represión contrainsurgente dentro de los límites de la ley, no consintiendo la violación de los derechos humanos, preservando el sistema democrático liberal y el Estado de derecho y sin apelar a la construcción de un "enemigo interno".

A fines de 1971, excluida del horizonte político toda perspectiva de conciliación, el momento del enfrentamiento decisivo parecía encontrarse cercano. Los intensos debates ideológicos y políticos en la prensa, en el interior de la izquierda, en el Parlamento, revelaban que lo que estaba en juego era el poder del Estado y su posibilidad de implementar el reajuste conservador económico-político que perseguían las derechas desde el gobierno. Todos los instrumentos de que disponía el Estado habían sido gradualmente lanzados a la arena en una ofensiva destinada a asegurar el triunfo de esta política, primero para sofocar el movimiento popular, más tarde contra las organizaciones guerrilleras.

Las consecuencias de este enfrentamiento fueron determinantes para la guerrilla como para el resto de la izquierda y, en definitiva, de todas las fuerzas políticas y sociales del país. La violencia se adueñó de la vida política: un régimen basado en la violencia autocrática fue impuesto desde 1973 por las Fuerzas Armadas hasta las bases de la sociedad. Se utilizó para imponerlo la coacción más tosca y brutal y una propaganda ideológica primitiva. Para obtener paz social y eliminar toda oposición se recurrió al terror, el asesinato, la tortura, la cárcel, el control ideológico, el adoctrinamiento y el disciplinamiento.

El sistema implantado por la dictadura -un Estado policial opresivo- no pudo ofrecer valores satisfactorios a la mayoría de la ciudadanía uruguaya, habituada por décadas de sistema democrático representativo a las complejidades del pluralismo en la vida política y al ejercicio de los derechos individuales.

Las posibilidades del mln de influir en el sistema político, condicionando la toma de decisiones en un sentido favorable al cambio social, fueron prácticamente nulas. No logró modificar los alineamientos políticos dentro de los partidos mayoritarios, fragmentar a las elites civiles o militares, establecer alianzas eficaces con sectores de las mismas, atenuar la propensión del Estado a la solución represiva. El ala derecha de los partidos tradicionales supo en cambio desplegar una eficaz capacidad de control político y social, que le permitió reprimir con brutalidad al movimiento popular y a las organizaciones guerrilleras. Atendiendo a los resultados en el mismo 1972, el conflicto con el Estado fue perdido por el mln. La derecha autoritaria, ocupando puestos clave del poder estatal, tuvo la capacidad de reprimir, limitar y finalmente, mediante el cambio de régimen político, eliminar a la organización de la escena política hasta 1985.

El triunfo de la dictadura en 1973 significó un fracaso de la democracia liberal, pero también de la guerrilla y del movimiento obrero y popular organizado.

¿Conciliación o intransigencia? Si bien los gobiernos de Pacheco y Bordaberry no demostraban ninguna voluntad de modificar su estructura constitucional ni de democratizar el acceso al poder económico, tal como lo proponían los tupamaros, podrían haber considerado a este grupo de uruguayos insurrectos como parte de la comunidad nacional y ensayar con ellos el camino del diálogo, del compromiso, del acuerdo político. Que no excluía, por otra parte, la aplicación de la represión dentro de los límites de la ley.

[...] El desafío del mln a la clase política, en especial el ejercido directamente a través de los secuestros de algunos de sus representantes -el presidente de ute Ulises Pereyra Reverbel, el juez Daniel Pereira Manelli, el fiscal Guido Berro Oribe y el redactor responsable del diario Acción, Homero Fariña- acrecentó la polarización política y la tendencia intransigente de la derecha.

En un editorial en forma de carta abierta a Homero Fariña, a pocos días de su secuestro en febrero de 1972, Acción fundamentaba la imposibilidad de conciliación entre "el Uruguay" y sus enemigos tupamaros: "Para ellos vivimos en la mediocridad batllista. Somos cosmopolitas. Estamos de espaldas a la que ellos llaman 'patria grande'. Tenemos que ser liberados, liberados de nosotros mismos,

y -como a los esclavos se les libera y no se les argumenta ni se les convence- nos asesinan, nos agreden, intentan quitarnos día a día cada una de nuestras más firmes convicciones comunitarias. De vez en cuando tienen éxito (a ti te lograron secuestrar, por ejemplo, también, en Soca, fusilaron a dos policías) y tal cosa les interesa mucho más que la popularidad. Pero esos no son sus grandes éxitos, sus grandes triunfos, porque su pretensión es otra, liquidar esto que se llama Uruguay".

El editorialista de Acción -periódico que expresaba las ideas de un sector político con responsabilidades de gobierno- manifestaba los sentimientos de odio que le suscitaba la guerrilla, exhortando, pese a ello, a mantener la moderación y el respeto de la ley.

[...] Desde muchos meses atrás el terrorismo de Estado ya cobraba sus víctimas entre estos individuos considerados "no uruguayos". Pocos días después de la publicación de este editorial, Ibero Gutiérrez -militante periférico del mln de 21 años- sería muerto por un Comando Caza Tupamaros.

[...] El mln demostró su disposición al acuerdo en 1969, 1970, 1971 y 1972. Aunque su proyecto político era revolucionario, no era tan maximalista como para no apreciar el valor de reformas en sentido democrático, obtenidas en la estructura estatal y el sistema político existentes. Pero la derecha política, que controlaba el poder del Estado, clausuró en todas las oportunidades las posibilidades de negociación.

[...] La disposición a las tratativas por parte del mln obedecía también a motivos tácticos: el reconocimiento político de la organización, de su fuerza e incidencia en las relaciones de poder.

En 1970 el movimiento propuso la liberación de los presos políticos y sindicales, el pase inmediato de todos los presos a la justicia y la irradiación de su programa por los medios de difusión, a cambio de la vida de Dan Mitrione. El rechazo del presidente Pacheco a la negociación se fundamentó en el carácter criminal del movimiento. [...] En setiembre, el mln ofreció el cese temporáneo de la lucha armada, a cambio de una plataforma de reivindicaciones democrático liberales. [...] Las negociaciones entabladas entre el mln y las Fuerzas Armadas entre junio y setiembre de 1972, según testimonios y documentos, no representaron el intento frustrado de establecer una estrategia común de ataque a las instituciones democráticas y de preparación de un golpe de Estado de inspiración peruanista, que contaría con el apoyo de la guerrilla. Fueron impulsadas, por parte del mln, sobre la base de la permanencia del sistema parlamentario. [...]

El mln consideraba a las Fuerzas Armadas como otro poderoso grupo de presión sobre los poderes públicos, en condiciones de contrastar la fuerte influencia de los grupos de presión empresariales. Partía de la comprobación de que la tradicional "autonomía relativa" del poder político en Uruguay había sufrido, en especial desde 1968, un fuerte menoscabo.

Las conversaciones mantenidas por los dirigentes tupamaros con la oficialidad se proponían lograr una sensibilización política que les llevara a promover algunas de las reformas socioeconómicas reclamadas por la izquierda. Se ofrecía el cese de las hostilidades a cambio de una amnistía parcial y de medidas de reforma que no podrían obtenerse, según el mln, sin el acuerdo de las mayorías parlamentarias.

Pero junto a estas negociaciones que procuraban la pacificación, el mln también colaboró con un núcleo de oficiales en una serie de operaciones para el desenmascaramiento y la represión de ilícitos económicos. Esta iniciativa, de breve duración, provocó una reacción defensiva en los partidos tradicionales y modificó las lealtades hasta entonces manifestadas hacia las Fuerzas Armadas.

[...] La izquierda creyó que las Fuerzas Armadas habían modificado su visión de los tupamaros y por extensión, también del conjunto de la izquierda y del movimiento sindical, haciendo posible un ámbito de encuentro para la pacificación y hasta el acuerdo programático. Observaba Zelmar Michelini: "Tras los tupamaros, las Fuerzas Armadas conocieron muchísimas de las realidades del país y, en el contacto de los cuarteles, tomaron conocimiento de muchísimos problemas que antes no habían apreciado en su total dimensión. Mucho antes que el gobierno, las propias Fuerzas Armadas y grupos numerosísimos de oficiales se dieron cuenta de que aquellos jóvenes no eran monstruos, degenerados, sinvergüenzas ni mal nacidos. Eso trajo, naturalmente, la exigencia de reprimir no sólo la violencia de las armas, sino la violencia de arriba, que había motivado toda la subversión". [...]

Las vertientes ideológicas. El mln fundamentaba frente a la opinión pública su estrategia inspirándose en dos grandes vertientes ideológicas: la revolucionaria socialista y la revolucionaria liberal. Su carácter de movimiento y el peso de la propia historia uruguaya lo situó en la encrucijada de estas dos tradiciones, en muchos aspectos contradictorias. Ambas teorías, a lo largo de los dos últimos siglos, habían promovido el cambio político mediante la violencia, para poner fin a lo que se entendía como opresión.

[...] Desde esta perspectiva [socialista], el mln consideraba que aunque existiera "democracia representativa, régimen 'legal' y gobierno electo, el ocultamiento de la explotación, la violencia y la dictadura de clase detrás de formas legales constitucionales, etcétera, táctica que a la oligarquía le ha rendido y ha operado casi un siglo en nuestro país, es uno de los factores que más contribuye a impedir la toma de conciencia revolucionaria a grandes sectores del pueblo".

[...] En la ideología del mln, la teoría revolucionaria socialista se conjugaba, en algunos aspectos, con la revolucionaria liberal. El ciclo de las revoluciones liberales europeas del siglo xix, realizadas para derrocar no sólo tiranías o monarquías absolutas sino regímenes constitucionales conservadores, fue promovido por minorías que actuaban "en nombre del pueblo". Se trató de revoluciones que pretendieron, y generalmente obtuvieron, mediante el recurso a la violencia, la ampliación y profundización de los derechos políticos y las libertades civiles. No sólo reivindicaban el respeto de las normas constitucionales

existentes, en caso de que fueran desconocidas por un gobierno arbitrario, injusto u opresor, sino que aspiraban a modificar el orden jurídico constitucional. Se trataba, por lo tanto, de revoluciones vinculadas al estatismo democrático.

[...] Explicando los motivos de su insurgencia en una "Carta abierta a la Policía", los tupamaros sostenían tener "una profunda fe en el pueblo uruguayo, del cual hemos salido y al cual hemos visto engañar y explotar impunemente. [...] Por todo ello nos hemos colocado al margen de la ley. Es la única ubicación honesta cuando la ley no es igual para todos; cuando la ley está para defender los intereses espurios de una minoría en perjuicio de la mayoría; cuando la ley está contra el progreso del país, cuando incluso quienes la han creado se colocan impunemente al margen de ella cada vez que les conviene. Para nosotros ha sonado definitivamente la hora de la rebeldía y ha terminado la hora de la paciencia".

[...] La prensa de izquierda de mayor ascendencia entre los tupamaros -al menos entre quienes no habían tenido una precedente militancia marxista-leninista- y su área de apoyo, en especial el semanario Marcha, consideró al movimiento como heredero de la tradición revolucionaria liberal de la historia uruguaya. Uno de los textos cruciales para la comprensión del consenso obtenido por el mln se hallará en el editorial de Carlos Quijano escrito a raíz de la toma de Pando y de la muerte de tres tupamaros en octubre de 1969.

La sociedad que Quijano deseaba ver lograda en su país, al que veía doblegado material y moralmente, podía alcanzarse siguiendo el ejemplo de hombres elevados a la estatura de héroes, dispuestos a luchar y morir por fines públicos, patriotas que "en el error o en la verdad, amaron a su país, hasta morir por él" .

[...] Quijano advertía que en un país en el cual se manifestaba tan violentamente el abuso de autoridad, la oposición de las nuevas generaciones podía, dadas las tradiciones nacionales, emprender el camino de la insurrección. "Uruguay no es tierra pacífica, sino tierra purpúrea, para decirlo con las memorables palabras de Hudson. Tierra de combate. Y que a la violencia del poder siempre ha dado respuesta con la violencia de los perseguidos. En los ciento sesenta años que van de comienzos del siglo xix a nuestros días, cien fueron de cruento batallar. Algo más muestra el camino. El país es una creación continua. No es obra de la generación que pasa, ni de la generación que asciende y reclama para cumplir sus sueños y sus afanes un lugar en esta tierra."

[...] En la ideología del mln [...] se reivindicaban también aspectos ético-políticos que debían caracterizar a los militantes, como la honestidad moral e intelectual, entendida como coherencia entre el pensamiento y la acción, la primacía del deber frente a la realización personal y al hedonismo, la dignidad del individuo frente a las adversidades y padecimientos que traía consigo la lucha: clandestinidad, cárcel, tortura o muerte. Señala Julio Marenales: "Lo que nos importaba era la conducta del individuo, no lo que hablara. Es decir, su sentido de responsabilidad, la concordancia entre lo que pensaba, decía y hacía. Esta coherencia era el valor más importante, y en ese sentido Sendic fue un ejemplo, aunque no el único".



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:
<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a:
archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

